

Sandokán

El Rey del Mar

Emilio Salgari



Sandokán: El Rey del Mar
Emilio Salgari
Título original: Il re del mare
First published in Italian in 1906

Translation Copyright © 2014 ROH Press

Cover: *S.M. Küstenpanzerschiff Odin im Salut*, Hugo Graf, 1902

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form
or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including
photocopying, recording, taping, or by any information storage
retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Nuestros títulos en español

Todas las aventuras de Sandokán

Los misterios de la Jungla Negra

Los tigres de Mompracem

Los piratas de la Malasia

Los dos tigres

El Rey del Mar

A la conquista de un imperio

La venganza

La reconquista de Mompracem

Revolta en Assam

La trilogía del Corsario Negro

El Corsario Negro

La Reina de Los Caribes

Yolanda, La Hija del Corsario Negro

Our English Titles

The Sandokan Series

The Mystery of the Black Jungle

The Tigers of Mompracem

The Pirates of Malaysia

The Two Tigers

The King of the Sea

Quest for a Throne

The Reckoning

The Black Corsair Series

The Black Corsair

The Queen of the Caribbean

Índice

Primera parte El Rey del Mar

Capítulo 1: El asalto del *Mariana*

Capítulo 2: El peregrino de la Meca

Capítulo 3: En el río Kabataun

Capítulo 4: En medio del fuego

Capítulo 5: Las confesiones del piloto

Capítulo 6: La carga de los elefantes

Capítulo 7: El *kampung* de Pangutarang

Capítulo 8: La explosión del *Mariana*

Capítulo 9: La prueba de fuego

Capítulo 10: El asalto al *kampung*

Capítulo 11: El regreso de Kammamuri

Capítulo 12: La orgia de los dayakos

Capítulo 13: La retirada a través de los bosques

Capítulo 14: El buque americano

Capítulo 15: Fuego desde a bordo

Capítulo 16: La declaración de guerra

Segunda parte Por el mar de la Sonda

Capítulo 1: Una expedición nocturna

Capítulo 2: Un audaz golpe de mano

Capítulo 3: Un combate terrible

Capítulo 4: Sir Moreland

- Capítulo 5: A la caza del *Rey del Mar*
Capítulo 6: Los misterios de sir Moreland
Capítulo 7: En el Mar de la Sonda
Capítulo 8: La Isla de Mangalum
Capítulo 9: La traición de los colonos
Capítulo 10: El regreso del *Rey del Mar*
Capítulo 11: El crucero del *Rey del Mar*
Capítulo 12: En aguas de Sarawak
Capítulo 13: El desastre del *Mariana*
Capítulo 14: El *demonio de la guerra*
Capítulo 15: El último crucero
Capítulo 16: El hijo de Suyodhana

Todas las aventuras de Sandokán

La trilogía del Corsario Negro

Primera parte
El Rey del Mar

Capítulo 1

El asalto del *Mariana*

—¿VAMOS AVANTE? ¿Sí o no? ¡Voto a Júpiter! ¡Es imposible que hayamos varado en un banco como unos estúpidos!

—No se puede, señor Yáñez.

—Pero, ¿qué es lo que nos detiene?

—Todavía no lo sabemos.

—¡Por Júpiter! ¡Ése piloto estaba borracho! ¡Valiente fama la que así se conquistan los malayos! ¡Yo que hasta esta mañana los había tenido por los mejores marinos de los dos mundos! Sambigliong, manda desplegar otra vela. Hay buen viento, y quizás logremos pasar.

—No conseguiremos nada, señor Yáñez, porque está bajando la marea muy aprisa.

—¡Que el diablo se lleve a ese piloto imbécil!

Quien así hablaba se había vuelto hacia la popa con el ceño fruncido y el rostro alterado por violenta cólera.

Aun cuando ya tenía cincuenta años, era todavía un hombre arrogante, robusto, con grandes bigotes grises cuidadosamente levantados y rizados, piel un poco bronceada, largos cabellos que le salían abundantes por debajo del sombrero de paja de Manila, de forma parecida a los mejicanos y adornado con una cinta de terciopelo azul.

Vestía elegantemente un traje de franela blanca con botones de oro, y le rodeaba la cintura una faja de terciopelo rojo, en la cual se veían dos pistolas de largo cañón, con las culatas incrustadas en plata y nácar —armas, sin duda alguna, de fabricación india—; calzaba botas de aguas, de piel amarilla y un poco levantadas de punta.

—¡Piloto! —gritó.

Un malayo de epidermis de color hollín con reflejos verdosos, los ojos algo oblicuos y de luz amarillenta que causaban una impresión extraña, al oír aquella llamada abandonó el timón y se acercó a Yáñez con un andar sospechoso que acusaba una conciencia poco tranquila.

—Padada —dijo el europeo con voz seca, apoyando la diestra sobre la culata de una pistola—. ¿Cómo va este negocio? Me parece

que había dicho usted que conocía todos estos parajes de la costa de Borneo, y por eso le he embarcado.

—Pero señor... —balbució el malayo con aire cohibido.

—¿Qué es lo que quiere usted decir? —preguntó Yáñez, que parecía haber perdido por primera vez en su vida su calma habitual.

—Antes no existía este banco.

—¡Bribón! ¿Ha salido acaso del fondo del mar esta mañana? ¡Es usted un imbécil! Ha dado un falso golpe de barra para detener el *Mariana*.

—¿Para qué, señor?

—¿Qué sé yo? Pudiera suceder que estuviese de acuerdo con esos enemigos misteriosos que han sublevado a los dayakos.

—Yo nunca he tenido relaciones más que con mis compatriotas, señor.

—¿Cree usted que podemos desencallar?

—Sí, señor; en la marea alta.

—¿Hay muchos dayakos en el río?

—No lo creo.

—¿Sabe si tienen buenas armas?

—No les he visto más que algunos fusiles.

—¿Qué será lo que les habrá hecho sublevarse? —murmuró Yáñez—. Aquí hay un misterio que no acierto a desentrañar, aun cuando el Tigre de Malasia se obstine en ver en todo esto la mano de los ingleses. Esperemos a ver si llegamos a tiempo de conducir a Mompracem a Tremal-Naik y a Darma antes de que los rebeldes invadan sus plantaciones y destruyan sus factorías. Veamos si podemos dejar este banco sin que la marea alcance el máximo de su altura.

Volvió la espalda al malayo, se fue a la proa, y se inclinó en la *amura*¹ del castillo.

¹ Amura: Es la anchura de un buque en la octava parte de su eslora contada a partir de la proa, es decir, la parte de los costados del buque en donde se estrechan para formar la proa, existiendo por tanto una amura de babor y una amura de estribor, lo mismo que ocurre en la parte de popa con las aletas. Es una forma de indicar direcciones. Por ejemplo, si un velero recibe el viento por su banda de babor y en la

El barco que había encallado, probablemente por efecto de una falsa maniobra, era un espléndido velero de dos palos, de reciente construcción, a juzgar por sus líneas todavía limpias, impecables, y con dos enormes velas, las de los grandes *praos* malayos.

Debía de desplazar por lo menos, doscientas toneladas, e iba tan bien armado, que podía hacerse temer de cualquier mediano crucero.

Sobre la toldilla se veían dos piezas de buen calibre protegidas por una plataforma movable formada por dos gruesas planchas de acero dispuestas en ángulo, y en el castillo de proa cuatro bombardas o enormes espingardas, armas excelentes para ametrallar al enemigo, aun cuando de poco alcance.

Además llevaba una tripulación demasiado numerosa para un barco tan pequeño, compuesta de cuarenta malayos y dayakos, ya de cierta edad, pero todavía fuertes, de rostro fiero y con no pocas cicatrices, lo cual indicaba que eran gente de mar y de guerra a un mismo tiempo.

La embarcación estaba detenida en la boca de una bahía extensa, en la cual desaguaba un río que parecía caudaloso.

Multitud de islas, entre ellas una muy grande, la defendían de los vientos de poniente. La bahía hallábase rodeada de escolleras coralíferas y de bancos cubiertos de vegetación muy espesa y de color verde intenso.

El *Mariana* había encallado en uno de aquellos bancos ocultos por las aguas, que entonces comenzaba a verse por efecto de la baja marea.

La rueda de proa se había encajado profundamente, haciendo imposible ponerlo a flote con sólo el medio de lanzar el ancla a popa y halar la cuerda.

—¡Perro de piloto! —exclamó Yáñez después de haber observado con atención el bajo—. ¡No saldremos de aquí antes de medianoche! ¿Qué me dice usted, Sambigliong?

Un malayo de cara arrugada y cabellos encanecidos, pero que, sin embargo, parecía muy robusto, se había acercado al europeo.

primera octava parte de su eslora se dirá que recibe el viento por la amura de babor. Del mismo modo se emplea para referirse a la forma en que se ve un buque.

—Digo, señor Yáñez, que sin la ayuda de la pleamar, son inútiles todas las maniobras.

—¿Tienes confianza en ese piloto?

—No sé qué decirle, capitán —respondió el malayo—, pues no lo he visto nunca. Pero...

—Continúa —dijo Yáñez.

—Eso de haberlo encontrado solo, tan lejos de Gaya, metido en una canoa que no podría resistir una ola, y enseguida ofrecerse a guiarnos... ¡Vamos!... Me parece que todo eso no está muy claro.

—¿Se habrá cometido una imprudencia al confiarle el timón? —se preguntó Yáñez, que se había quedado pensativo.

Después, sacudiendo la cabeza como si hubiese querido arrojar lejos de sí un pensamiento importuno, añadió:

—¿Por qué razón ese hombre, que pertenece a vuestra raza, habrá querido perder el mejor y más poderoso *prao* del Tigre de Malasia? ¿No hemos protegido siempre a los borneses contra las vejaciones de Inglaterra? ¿No hemos derrotado a James Brooke para dar la independencia a los dayakos de Sarawak?

—¿Y por qué, señor Yáñez —dijo Sambigliong—, se han levantado en armas tan de improviso contra nuestros amigos los dayakos de la costa? Porque también Tremal-Naik, al crear factorías en estos litorales antes desiertos, les ha proporcionado el medio de ganarse la vida cómodamente sin correr el riesgo de caer en manos de los piratas que los diezmaban.

—Esto es un misterio, mi querido Sambigliong, que ni Sandokán ni yo hemos logrado aclarar hasta ahora. Ése imprevisto estado de ira contra Tremal-Naik debe tener un motivo que ignoramos; pero seguramente alguien ha procurado darle aire para que el incendio sea mayor.

—¿Correrán verdadero peligro Tremal-Naik y su hija Darma?

—El mensajero que ha enviado a Mompracem ha dicho que se hallan en armas todos los dayakos y como poseídos de locura, que han saqueado e incendiado tres factorías, y que hablaban de matar a Tremal-Naik.

—Y sin embargo no hay en toda la isla mejor hombre que él —dijo Sambigliong—. No comprendo cómo esos bribones arruinan y saquean sus propiedades.

—Algo sabremos cuando lleguemos al *kampung*² de Pangutarang. La aparición del *Mariana* calmará un poco a los dayakos, y si no deponen las armas, los ametrallaremos como merecen.

—Y conoceremos el motivo del levantamiento.

—¡Oh! —exclamó de pronto Yáñez, que había vuelto la cabeza hacia la boca del río—. Allí hay alguien que, al parecer, quiere dirigirse hacia nosotros.

Una pequeña canoa con una vela había desembocado por detrás de los islotes que obstruían la desembocadura del río, y dirigía la proa hacia el *Mariana*.

Sólo un hombre la tripulaba; pero estaba aún tan lejos, que no se podía distinguir si era un malayo o un dayako.

—¿Quién podrá ser? —se preguntó Yáñez, que no lo perdía de vista—. Mira, Sambigliong: ¿no te parece que está indeciso respecto de cómo debe maniobrar? Ahora se dirige hacia los islotes, ahora se aleja para echarse sobre las escolleras de coral.

—Se diría que trata de engañar a alguien respecto de su rumbo; ¿verdad, señor Yáñez? —respondió Sambigliong—. ¿Lo vigilarán acaso, y tratará, en efecto, de engañar a alguien?

—Eso mismo me parece —contestó el europeo—. Ve a buscar mi antejo, y manda que carguen con bala una bombardita. Trataremos de ayudar en la maniobra a ese hombre, que, evidentemente, trata de unirse con nosotros.

Un momento después dirigía el antejo hacia la canoa, que aún se encontraba a unas dos millas de distancia, y que concluyó por alejarse de los islotes, dirigiéndose resueltamente hacia el *Mariana*.

De pronto Yáñez lanzó un grito:

—¡Tangusa!

—¿El que Tremal-Naik había llevado consigo a Mompracem y a quien había hecho factor?

—Sí, Sambigliong.

—Pues ahora sabremos algo de esa insurrección, si es él —dijo el dayako.

—¡Oh, sí; es él! ¡No me equivoco; lo veo bien!... ¡Oh!

—¿Qué es, señor?

² Kampung: pueblo, poblado

—Que veo una chalupa tripulada por una docena de dayakos, y que parece como que quiere dar caza a Tangusa. ¡Mira hacia la última isleta! ¿Ves?

Sambigliong aguzó la mirada y vio que, efectivamente, una embarcación muy estrecha y muy larga dejaba la embocadura del río y se lanzaba a toda velocidad hacia el mar bajo el impulso de ocho remos manejados con gran brío.

—Sí, señor Yáñez; dan caza al factor de Tremal-Naik.

—¿Has mandado cargar una bombardarda?

—Las cuatro.

—¡Muy bien! Esperemos un momento.

La canoa, que tenía el viento de popa, bogaba derecha hacia el *Mariana* con bastante velocidad; sin embargo, no podía correr tanto como la chalupa. El hombre que la montaba se hizo cargo de que lo seguían, y dejando la caña del timón, cogió los dos remos para acelerar la carrera.

De pronto una nubecilla de humo se elevó de la proa de la chalupa, y a los pocos instantes se oyó en el *Mariana* el estampido de un tiro.

—¡Hacen fuego sobre Tangusa, señor Yáñez! —dijo Sambigliong.

—¡Bueno, querido yo enseñaré a esos bribones cómo tiran los portugueses! —repuso el europeo con su calma habitual.

Tiró el cigarrillo que estaba fumando, se hizo sitio entre los marineros que habían invadido el castillo de proa atraídos por el disparo, y se acercó a la primera bombardarda de babor, apuntándola contra la chalupa.

La caza continuaba con furia, y la canoa, no obstante los desesperados esfuerzos del hombre que la montaba, perdía terreno.

Otro tiro de fusil partió de la chalupa, pero sin daño alguno, pues es sabido que los dayakos manejan mejor sus cerbatanas que las armas de fuego.

Yáñez seguía mirando impasible.

—Está en la línea —murmuró al cabo de dos minutos.

Hizo fuego. Se inflamó el largo cañón, produciendo un estampido que repercutió incluso bajo los árboles que cubrían la lejana costa de la bahía.

A estribor de la chalupa se vio alzarse un chorro de agua: enseguida se oyeron en lontananza gritos de rabia.

—¡Tocada, señor Yáñez! —gritó también Sambigliong.

—Y se irá a pique muy pronto —repuso el portugués.

Los dayakos interrumpieron la carrera y viraron desesperadamente, con la esperanza de saltar en uno de los islotes antes de que se hundiese la embarcación.

La avería que le produjo el proyectil de la bombardera, una bala de libra y media por mitad de plomo y cobre, era demasiado grande para que pudiese correr mucho tiempo.

En efecto, los dayakos estaban todavía a más de trescientos pasos del islote más cercano, cuando la chalupa, que se llenaba rápidamente de agua, faltó bajo sus pies y se fue a fondo.

Como los dayakos de la costa son todos hábiles nadadores, pues pasan la mayor parte de su vida en el agua, lo mismo que los malayos y los polinesios, no había peligro de que se ahogasen.

—¡Salvaos —dijo Yáñez—; pero, si volviéis a la carga, os abrasaríamos las costillas con una buena metralla de clavos!

La pequeña canoa, viéndose libre de sus perseguidores gracias a tan afortunado tiro, había vuelto a emprender su ruta hacia el *Mariana* empujado por la brisa, que aumentaba con la puesta del sol; así es que muy pronto se encontró en aguas del velero.

El hombre que la guiaba era un joven de treinta años de piel amarillenta, perfil casi europeo, como si fuese hijo del cruce de las razas caucásicas y malaya; su estatura era más bien pequeña, pero parecía muy fornido; llevaba el cuerpo liado en tiras de tela blanca, que le sujetaban fuertemente los brazos y las piernas, y en las ligaduras se veían manchas de sangre.

—¿Le habrán herido? —se preguntó Yáñez—. Ése mestizo me parece que sufre mucho. ¡Ohé! ¡Echad una escala y preparad algunos cordiales!

Mientras los marineros ejecutaban aquellas órdenes, la pequeña canoa dio la última bordada, pegándose al costado de estribor del velero.

—¡Sube pronto! —gritó Yáñez.

El factor de Tremal-Naik ató la canoa a una cuerda que le habían arrojado, amainó la vela, subió con algún trabajo la escala y apareció sobre la toldilla.

Un grito de sorpresa y horror se le escapó al portugués.

El cuerpo de aquel desdichado aparecía acribillado como por una descarga de innumerables perdigones, y de algunas de aquellas heridas todavía salían gotas de sangre.

—¡Por Júpiter! —exclamó Yáñez estremeciéndose—. ¿Quién te ha puesto de ese modo, mi pobre Tangusa?

—Las hormigas blancas, señor Yáñez —contestó el malayo con voz apagada y haciendo un horrible gesto de dolor.

—¡Las hormigas blancas! —exclamó el portugués—. ¿Quién te ha cubierto el cuerpo con tales insectos, siempre ávidos de comer?

—Los dayakos, señor Yáñez.

—¡Ah, miserables! Vete a la enfermería y que te curen; después hablaremos. Ahora dime tan sólo si Tremal-Naik y su hija Darma corren peligro inminente.

—El amo ha formado un pequeño cuerpo de malayos, e intenta hacer frente a los dayakos.

—Está bien; ponte en manos de Kikatany, que entiende de heridas, y después envía a buscarme, mi pobre Tangusa. Por el momento, tengo que hacer otra cosa.

Mientras el malayo, ayudado por dos marineros, descendía a la cámara, Yáñez había puesto de nuevo su atención en la desembocadura del río, en la cual habían aparecido tres grandes chalupas montadas por tripulaciones numerosas, y una con puente doble, en la cual se veía uno de esos pequeños cañones de cobre amarillo llamados *lelas* por los malayos, fundidos con una parte de plomo.

—¡Oh, diablo! —murmuró el portugués—. ¿Tendrán intención esos dayakos de venir a medirse con los tigres de Mompracem? ¡No será con esa fuerza con la que habéis de poder con nosotros!

¡Tenemos buenas armas, y os haremos saltar como cabras salvajes!

—Tendrán otras chalupas escondidas detrás de las islas, señor Yáñez —dijo Sambigliong

—Somos demasiado fuertes para que vayamos a tenerles miedo, aun cuando conozcamos la audacia y el empuje de los hijos de piratas y cortadores de cabezas. ¿No tenemos cajas de abrojos?³...

— Sí, capitán. Dos cajas.

³ Abrojo: arma simple formada por varias púas.

—Manda traerlas sobre cubierta, y da orden a todos nuestros hombres para que se pongan botas de mar, si no quieren estropearse los pies. ¿Se han embarcado los haces de espinos?

—También, señor Yáñez.

—Manda ponerlos alrededor de la borda. Si quieren subir el asalto, los veremos gritar como fieras salvajes. ¡Piloto!

Padada, que se había subido hasta la cofa del trinquete para observar el movimiento sospechoso de las cuatro chalupas, descendió, y se acercó al portugués mirando oblicuamente.

—¿Sabes si esos dayakos tienen muchas barcas?

—No he visto apenas ninguna en el río —contestó el malayo.

—¿Crees que tratarán de abordarnos aprovechándose de nuestra inmovilidad?

—No lo creo, mi amo.

—¿Hablas sinceramente? ¡Ten cuidado, porque comienzo a sospechar de ti, pues esta encalladura no me parece accidental!

El malayo hizo un gesto para esconder la fea sonrisa que le apuntaba en los labios, y en seguida dijo con tono de resentimiento:

—No he dado motivo ninguno para que dude de mi lealtad, mi amo.

—¡Pronto lo veremos! —contestó Yáñez—. Ahora vamos a buscar a ese pobre Tangusa mientras Sambigliong prepara la defensa.

Capítulo 2

El peregrino de la Meca

SI POR FUERA era bellísimo el velero, que podía competir con los yates mejores de la época, el interior, especialmente la cámara de popa, era realmente fastuoso.

Sobre todo la sala central, que servía de comedor y de salón, estaba alhajada con librerías, mesa y sillas talladas e incrustadas de nácar y oro; en el suelo se veían alfombras persas, tapices indios en las paredes, y cortinillas de seda color de rosa con franjas de plata velaban la luz de las ventanitas.

Del techo pendía una gran lámpara que parecía de Venecia, y entre tapices y tapices se veían soberbias colecciones de armas de todos los países.

Tendido en un diván de terciopelo negro, vendado desde la cabeza hasta la planta de los pies y envuelto en una manta de lana, estaba el intendente de Tremal-Naik, ya curado, y más animado con el cordial que tomara.

—¿Han cesado los dolores, mi valiente Tangusa? —le preguntó Yáñez.

—Kikatany posee ungüentos milagrosos —contestó el herido—. Me ha frotado todo el cuerpo, y ya me siento mucho mejor.

—Pues cuéntame cómo ha sucedido todo eso. Antes de nada, ¿sigue el amigo Tremal-Naik en el *kampung* de Pangutarang?

—Sí, señor Yáñez; y cuando le he dejado estaba fortificándose para poder resistir a los dayakos hasta que llegase usted. ¿Cuándo llegó a Mompracem el mensajero que le hemos enviado a usted?

—Hoy hace tres días, y, como ves, no hemos perdido el tiempo para acudir en socorro de nuestro amigo con el mejor barco.

—¿Qué es lo que piensa el Tigre de Malasia de tan imprevista insurrección, cuando aún no hace tres semanas miraban los dayakos a mi señor como a su genio tutelar?

—A pesar de las conjeturas que hemos hecho, no hemos adivinado el motivo por el cual los dayakos han tomado las armas y destruido las factorías que tantas fatigas le costaron a Tremal-Naik. ¡Seis años de trabajo, y más de cien mil rupias tiradas quizás inútilmente! ¿Tienes alguna sospecha?

—Voy a contarle lo que hemos podido saber. Hace un mes, o antes acaso, desembarcó en estas costas un hombre que no debe de pertenecer a la raza malaya ni a la bornesa, diciendo que era un musulmán ferviente, y llevaba el turbante verde de los que han hecho la peregrinación a la Meca. Ya sabe usted, señor, que los dayakos de esta parte de la isla no adoran a los genios de los bosques, ni a los buenos ni a los malos espíritus, como sus hermanos del sur, pues son musulmanes, a su modo, naturalmente, pero no menos fanáticos que los de la India Central.

»¿Qué es lo que dijo aquel hombre a esos salvajes? Eso ni mi señor ni yo hemos llegado a saberlo. El hecho es que logró fanatizarlos,

induciéndolos a destruir las factorías y a rebelarse contra la autoridad del señor Tremal-Naik.

—Pero, ¿qué historia es la que me cuentas? —exclamó Yáñez en el colmo de la sorpresa.

—Una historia tan verdadera, señor Yáñez, que mi amo corre el peligro de morir abrasado en su *kampung* juntamente con su hija la señorita Darma, si usted no acude en su socorro. Ése hombre del turbante verde no solamente ha levantado a los salvajes contra la factoría, sino también contra mi amo, pues quieren a todo trance su cabeza, señor Yáñez.

El portugués se había puesto pálido.

—¿Quién podrá ser ese peregrino? ¿Qué misterioso deseo lo empuja en contra de Tremal-Naik? ¿Tú lo has visto?

—Sí, —al escapar de entre las manos de los dayakos.

—¿Es joven o viejo?

—Es viejo, señor; de elevada estatura y flaquísimo; un verdadero tipo de peregrino que tiene hambre y sed. Y aún hay algo más grave en el misterio —añadió el mestizo—. Me han dicho que hace dos semanas llegó un barco de vapor con bandera inglesa, y que el peregrino estuvo conversando largo rato con el comandante.

—¿Y marchó pronto esa nave?

—A la mañana siguiente; y sospecho que durante la noche desembarcó armas, porque ahora muchos dayakos tienen fusiles y pistolas, siendo así que antes no tenían más que cerbatanas y cuchillos.

—¿De modo que los ingleses se mezclan en este asunto? —preguntó Yáñez que parecía muy preocupado.

—Es posible, señor.

—¿Sabe las voces que corren por Labuan? Que el gobierno inglés tiene intención de ocupar nuestra isla de Mompracem con el pretexto de que constituimos un constante peligro para sus colonias, y que nos enviarán a otra tierra más lejana.

—¡Los ingleses, que deben estaros reconocidos por haberlos desembarazado de los thugs que infestaban la India!

—Querido mío, ¿tú crees que el leopardo puede guardar gratitud al mono por haberlo librado de los insectos que le molestaban?

—No, señor; porque esos animales carnívoros no tienen ese sentimiento.

—Pues tampoco lo tiene el gobierno inglés llamado el leopardo de Europa.

—¿Y dejará usted que se apoderen de Mompracem?

Una sonrisa dilató los labios de Yáñez. Encendió un cigarrillo, aspiró dos o tres bocanadas de humo, y dijo con voz tranquila:

—No sería ésta la primera vez que los tigres de Mompracem se ponen enfrente del leopardo inglés. Le hemos hecho temblar un día en Labuan, y corrió el peligro de ver a sus colonos devorados por nosotros y arrojados al agua. ¡No nos dejaremos sorprender ni vencer!

—¿Y Sandokán? ¿Ha enviado a Tija sus *pruos* para inmolar hombres?

—Sí; y que no serán menos animosos que los últimos tigres de Mompracem —contestó Yáñez—. ¿Quiere Inglaterra arrojarnos de una isla que venimos ocupando hace treinta años? ¡Que se atreva y entregaremos a las llamas la Malasia entera, y batallaremos sin cuartel contra el insaciable leopardo! ¡Veremos si ha de ser el Tigre de Malasia el que sucumba en la lucha!

En aquel momento se oyó la voz de Sambigliong, el contramaestre del *Mariana* que gritaba:

—¡A la cubierta, capitán!

—¡Llegas a tiempo! —respondió Yáñez—. Acabo de terminar mi coloquio con Tangusa. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Que avanzan!

—¿Quiénes? ¿Los dayakos?

—Sí, capitán.

—¡Está bien!

El portugués salió de la cámara, tomó la escalera y apareció en la cubierta.

El sol iba a ocultarse rodeado por una nube de oro, y teñía de rojo el mar, ligeramente rizado por una brisa suave.

El *Mariana* seguía inmóvil, y cómo eran aquellos momentos los del máximo de la baja mar, se había inclinado un poco sobre el costado de estribor, de modo que la cubierta aparecía sin banda en aquella parte.

Hacia los islotes que obstruían el río se veía avanzar lentamente una docena de grandes canoas, entre ellas cuatro dobles, precedidas por un pequeño *prao* armado con un *meriam*, pieza de artillería algo mayor que el *lela*, fundido como éste, con plomo, cobre y latón.

—¡Ah! —dijo Yáñez con su flema habitual—. ¿Quieren medirse con nosotros? ¡Muy bien! Tenemos pólvora bastante con que obsequiarlos: ¿verdad, Sambigliong?

—La provisión es buena, capitán —contestó el malayo.

—Observo que avanzan muy despacio. No parece que tengan mucha prisa, querido Sambigliong.

—Esperan a que se haga noche. Antes de que desaparezca la luz es preciso ver qué trazas tienen.

Tomó el antejo, y lo asestó al pequeño *prao* que iba precediendo a la flotilla de chalupas. Iban en él quince o veinte hombres vestidos de guerra: pantalones estrechos abotonados en las caderas y en la garganta del pie; *sarong* muy corto, y en la cabeza, una especie de birrete muy curioso, de larga visera y con muchas plumas, llamado *tadung*. Algunos estaban armados de fusiles; los más, en lugar del *campilán*,⁴ pesadas armas blancas de un acero muy fino, llevaban los *pisau-rant* —especie de puñal de hoja larga, y no ondulante como los *keris* malayos—, y sostenían grandes escudos cuadrados de piel de búfalo.

—¡Hermosos tipos! —dijo Yáñez.

—¿Son muchos, señor?

—¡Uf! Centenar y medio, mi querido Sambigliong.

Dicho esto se volvió, mirando a la toldilla del *Mariana*. Sus cuarenta hombres estaban todos en sus puestos de combate: los artilleros, detrás de los dos cañones y de las cuatro bombardas; los fusileros, detrás de la amura cuyos bordes estaban cubiertos con haces de agudos espinos, y los hombres de maniobras, que por el momento nada tenían que hacer, en lo alto de las cofas con bombas de mano y carabinas indias de cañón largo.

—¡Vaya; pues que vengan a buscarnos! —murmuró visiblemente satisfecho de las órdenes dadas por Sambigliong.

⁴ Campilán: un sable recto y ensanchado hacia la punta, usado por los indígenas de Joló, en Filipinas

El sol desaparecía, lanzando sus últimos rayos, tiñendo de una luz áurea y rosada las costas de la inmensa isla y las escolleras contra las cuales se deshacían las olas que venían del mar. El astro del día se sumergía majestuosamente en el agua, inflamando un gran abanico de nubes que había encima de él, y de las cuales partían grandes zonas de oro y ráfagas de púrpura que esmaltaban el claro azul del cielo. Casi bruscamente desapareció el sol, tiñendo de color rojo encendido por breves instantes el horizonte todo; enseguida fue atenuándose aprisa aquella oleada de luz, y, como no hay crepúsculo en aquellas latitudes, la gran fantasmagoría se extinguió y las tinieblas envolvieron la bahía, las islas y las costas.

—¡Buena noche para otros, y mala para nosotros! —dijo Yáñez, que no había podido menos de contemplar extasiado aquella espléndida puesta de sol.

Miró a la flotilla enemiga. El pequeño *prao*, las chalupas dobles y las sencillas apresuraron la marcha.

—¿Estamos dispuestos?

—Sí —contestó por todos Sambigliong.

—Entonces, ya no os detengo más, mis buenos tigres de Mompracem.

El pequeño *prao* se hallaba a tiro, y cubría las chalupas que lo seguían en fila una detrás de otra, para evitar los fuegos de la artillería del *Mariana*.

Sambigliong se inclinó sobre una de las piezas emplazadas en la toldilla, que estaban montadas sobre pernos giratorios para poder hacer fuego en todas direcciones y después de haber mirado durante algunos instantes hizo fuego, despedazando el árbol de trinquete del *prao*, el cual cayó sobre el puente, arrastrando la enorme vela.

Aquél tiro, verdaderamente maravilloso, arrancó furiosos gritos a los que iban en las chalupas; a su vez llameó la proa del barco inutilizado.

El cañoncito del pequeño velero había respondido al disparo del *Mariana*; pero la bala, mal dirigida, no había hecho más que agujerear el contrafoque, que Yáñez no había mandado amainar.

—¡Ésos bribones tiran como los reclutas de mi país! —dijo Yáñez, que continuaba fumando plácidamente apoyado en la amura de proa.

Al disparo siguió una serie de detonaciones secas. Eran los *lelas* de las chalupas dobles, que secundaban el fuego del *prao*.

Afortunadamente, aquellos cañoncitos no estaban todavía a tiro y todo se redujo a mucho ruido y mucho humo, sin daño del *Mariana*.

—Ante todo, deshaced el *prao*, Sambigliong —dijo Yáñez— y procurad desmontar el cañoncito, que es lo único que puede hacernos daño. Seis hombres a las dos piezas y menudead el fuego, mi...

Se interrumpió bruscamente lanzando una mirada hacia la popa. Hizo un gesto de sorpresa.

—¡Sambigliong! —exclamó palideciendo.

—No tema, señor Yáñez: el *prao* estará deshecho o arrasado como un pontón antes de dos minutos.

—¿Y el piloto, que no he vuelto a verlo?

—¡El piloto! —exclamó el malayo dejando la pieza, que ya había apuntado—. ¿Dónde está ese bribón?

Yáñez, presa de una agitación vivísima, había atravesado rápidamente la toldilla.

—¡Busca al piloto! —gritó.

—Capitán —dijo un malayo que estaba al servicio de las dos piezas de popa—, acabo de verlo bajar a la cámara.

Sambigliong, que había sospechado lo mismo, se precipitó por la escalera empuñando una pistola. Yáñez lo siguió, mientras los dos cañones tronaban contra la flotilla con horrísono fragor.

—¡Ah, perro! —se oyó gritar.

Sambigliong había sujetado fuertemente por la espalda al piloto, que iba a salir de un camarote, y que tenía en la mano un pedazo de cuerda embreada y encendida.

—¿Qué es lo que hacías, miserable? —gritó Yáñez, arrojándose a su vez sobre el malayo, que intentaba resistir al contramaestre.

Al ver al comandante, que tenía también una pistola en la mano, y que parecía dispuesto a saltarle los sesos, el piloto se había vuelto amarillo, es decir, pálido; pero respondió con cierta calma:

—Señor, he bajado para tomar una mecha para las bombardas.

—¿A este sitio por las mechas? —gritó Yáñez—. ¡Bribón, lo que pretendías era incendiar el barco!

—¡Yo!

—¡Sambigliong, ata a este hombre! —mandó el portugués—. ¡Así que hayamos batido a las dayakos nos veremos!

—No hacen falta cuerdas, señor Yáñez —repuso el contraмаestre—. Le haremos dormir durante doce horas, y no nos molestará en ese tiempo.

Agarró brutalmente por los hombros, al piloto, que ya no trataba de resistir, le comprimió con los pulgares la nuca, y después le hundió en el cuello, un poco más abajo de los ángulos de las mandíbulas, los índices y los dedos del corazón, estrujándole las carótidas contra la columna vertebral. Con esta operación se produjo una cosa extraña. Padada abrió desmesuradamente los ojos y la boca como si sufriese un principio de asfixia, se le hizo anhelosa la respiración, echó atrás la cabeza y cayó en brazos del contraмаestre cual si estuviese muerto.

—¡Lo has matado! —exclamó Yáñez.

—No, señor —repuso Sambigliong—. Le he adormecido, y hasta dentro de doce o quince horas no podrá despertar.

—¿Hablas en serio?

—Más tarde lo veréis.

—Échale en una hamaca, y subamos corriendo. El cañoneo se hace muy vivo.

Sambigliong levantó al piloto, que no daba señales de vida, y le tendió sobre un tapiz: enseguida subieron ambos rápidamente a la cubierta, en el momento mismo en que los dos cañones de caza volvían a tronar, haciendo retemblar el velero.

El combate entre el *Mariana* y la flotilla se había empeñado con ardimiento.

Las dobles chalupas que, como ya hemos dicho, iban armadas con *lelas* se habían colocado en un frente bastante largo a diestra y siniestra del *prao* para dividir el fuego del velero, empeñándose en proteger resueltamente a las otras embarcaciones, que a pesar de su pequeñez llevaban a bordo tripulaciones muy numerosas reservadas para el ataque final.

Los disparos se sucedían con rapidez, y las balas, aunque todas eran de muy poco calibre, pasaban silbando en gran cantidad sobre el *Mariana*, incrustándose en los penoles, horadando las lonas, maltratando el cordaje y astillando las amuras. Varios hombres estaban heridos, y alguno muerto: sin embargo de esto, los artilleros

de Mompracem seguían cumpliendo su deber con fría serenidad y calma maravillosa.

Como había disminuido la distancia, comenzaron a tronar las bombardas, lanzando sobre la flotilla descargas de metralla, compuesta en su mayor parte de clavos que herían cruelmente a los dayakos, haciéndolos gritar y saltar como monos rojos.

A pesar de aquellas descargas formidables no cesaba de avanzar la flotilla. Los dayakos que por lo general eran muy valientes, casi tanto como los malayos, y que no temen a la muerte, remaban con furia, mientras los que iban armados con fusiles sostenían un fuego vivísimo, si bien muy poco eficaz, pues apenas tenían práctica de aquellas armas.

Ya se habían acercado las chalupas a unos quinientos pasos, cuando el *prao*, sobre el cual se concentraba el fuego de los cañones del *Mariana*, se tumbó sobre un costado.

Había perdido sus dos mástiles, el balancín lo había hecho pedazos un tiro de Yáñez, y su obra muerta casi no existía.

—¡Desmonta el cañoncito, Sambigliong! —gritó Yáñez al ver que se acercaba al *prao* una doble chalupa con la intención de recoger la pieza de artillería antes de que se fuese a pique el barco.

—¡Sí, comandante! —respondió el malayo, que servía en la pieza de babor.

—¡Y vosotros ametrallad a la tripulación antes de que lo recojan! —añadió el portugués, que desde lo alto de la toldilla seguía atentamente los movimientos de la flotilla, sin dejar por eso el cigarro.

Una andanada de los cañones y de las bombardas cayó sobre el *prao* desmontando el cañoncito, cuya cureña hecha añicos se fue abajo de golpe, mientras un huracán de metralla barría la embarcación desde la proa hasta la popa, hiriendo a la mayoría de los tripulantes.

—¡Buen golpe! —exclamó el portugués con su habitual tranquilidad—. ¡Uno que ya no nos producirá más molestias!

El pequeño velero era tan sólo una cáscara de nuez que se hundía con toda rapidez en el agua. Los hombres que habían escapado de tan tremenda andanada se arrojaron al mar, y nadaban hacia las chalupas, mientras los pontones disparaban furiosos los *lelas* con no mucha

fortuna, a pesar de ofrecerles el *Mariana* un buen blanco con su inmovilidad y su mole.

De pronto el *prao* se puso quilla arriba, volcando en las aguas muertos y heridos. Gritos feroces salieron de las chalupas al ver que el *prao* se iba a la deriva con la quilla al aire.

—¡Chilláis como ocas! —dijo Yáñez—. ¡Se necesita algo más para vencer a los tigres de Mompracem, queridos míos! ¡Fuego a las chalupas! ¡Adelante, fusileros! ¡Esto va entrando en calor!

Aun cuando privados del *prao*, que con su pieza podía contestar a los cañones de caza, la flotilla había vuelto a emprender el avance, acercándose rápidamente al *Mariana*.

Los tigres de Mompracem no economizaban pólvora ni balas. Los cañones de las piezas de caza y de las bombardas alternaban con las nutridas descargas de fusilería, que abrían grandes huecos en la tripulación de los pontones y de las chalupas.

Aquéllos viejos guerreros, que hicieron temblar a los ingleses de Labuan, que habían vencido y deshecho a James Brooke, el rajá de Sarawak, y que destruyeron después de combates formidables a los terribles thugs indios, se defendían de un modo admirable, sin cuidarse de buscar amparo detrás de la obra muerta.

Despreciando todo peligro, a pesar de los consejos del portugués, que procuraba conservar sus hombres, habían saltado todos sobre las amuras para ver mejor, y desde allí, como desde las cofas, hacían un fuego infernal sobre las chalupas, diezmando cruelmente a las tripulaciones.

Pero los asaltantes eran tantos en número, que a pesar de tan graves pérdidas no se desanimaban.

Otras chalupas salidas del río se habían unido a la flotilla. Por lo menos eran trescientos salvajes suficientemente armados los que se dirigían al abordaje del *Mariana*, resueltos a expugnarlo y a matar hasta el último de sus defensores. No podía esperarse cuartel de aquellos bárbaros sanguinarios, que no tienen más que un solo deseo: hacer cosecha de cráneos humanos.

—¡El negocio se va a poner serio! —murmuró Yáñez al ver las nuevas chalupas—. ¡Tigrecitos míos, dad de firme cuanto podáis, o concluiremos por dejar aquí nuestras cabezas! ¡Ése perro peregrino los ha fanatizado de tal modo, que se han vuelto rabiosos!

Se acercó a la pieza de caza de estribor, que acababa de cargarse en aquel momento, y apartó a Sambigliong, que estaba apuntando con ella.

—¡Deja que me caliente también un poco! —dijo—. Si no deshacemos los pontones y no echamos al agua sus *lelas*, antes de tres minutos estarán aquí.

—Los espinos los detendrán, comandante.

—No lo sé, querido. Pondrán en juego sus *campiláns*.

—Y nuestros gavieros no harán menos fuego con sus granadas.

—Sea; pero prefiero que no lleguen hasta aquí.

Puso fuego a la pieza, y como siempre, no falló el tiro. Uno de los pontones compuesto de dos chalupas reunidas por medio de un puente, se fue a pique.

Las proas, tocadas a flor de agua, se inundaron, y la masa flotante se hundió.

Un segundo pontón quedó también medio deshecho; al tercer cañonazo que disparó Yáñez, ya las chalupas alcanzaron al *Mariana*.

—¡Empuñad los *parangs*, y llevad a popa las bombardas! —gritó abandonando la pieza, que ya era inútil—. ¡Obstruid la proa!

En un abrir y cerrar de ojos se ejecutaron las órdenes. Los fusileros se pusieron en masa en la toldilla, dejando solos a los gavieros de las cofas, mientras que Sambigliong con algunos hombres desfondaba a hachazos dos cajas, sembrando por la cubierta una infinidad de abrojos de acero, erizadas de puntas finísimas.

Los dayakos, furiosos por las graves pérdidas sufridas, habían rodeado al *Mariana* gritando de un modo atronador y tratando de trepar, agarrándose donde podían.

Yáñez empuñó una cimitarra y se colocó en medio de sus hombres.

—¡Apretad las filas en derredor de las bombas! —gritó.

Los fusileros que estaban cerca de las bordas no cesaron de hacer fuego, hiriendo a quemarropa a los dayakos de los pontones y a cuantos pretendían subir al abordaje.

Los cañones de los fusiles y de las carabinas indias se habían calentado de tal modo, que abrasaban las manos de los tiradores.

Los dayakos llegaban encaramándose como monos. De pronto estallaron grandes gritos de dolor entre los asaltantes.

Habían puesto las manos sobre los haces de espinos que cubría las bordas, y cuyas ramas se habían disimulado con el empalletado.

Al sentirse desgarrados los dedos, y no pudiendo soportar dolor tan agudo, se dejaron caer encima de sus compañeros, arrastrándolos en su caída.

Si los que trataron de asaltar el barco por babor y estribor no pudieron conseguirlo; en cambio los que se izaron por el bauprés, habían sido más afortunados, pues encontraron un apoyo en el mismo palo.

A golpes de *campilán* desataron los haces de aquel sitio, los arrojaron al agua, y diez o doce hicieron irrupción en el castillo de proa dando gritos de victoria.

—¡Adentro con las bombardas! —gritó Yáñez, que los había dejado hacer.

Las cuatro bocas de fuego lanzaron una andanada de clavos, limpiando todo el castillo.

Fue una descarga terrible. Ninguno de los asaltantes quedó en pie, aun cuando tampoco cayeron muertos.

Aquéllos desgraciados, que recibieron de lleno los tiros, rodaban por el castillo dando alaridos de dolor y debatiéndose desesperadamente.

Sus cuerpos, horadados en cien sitios por los clavos, parecían cribas goteando sangre.

Sin embargo, la victoria estaba lejana todavía. Otros dayakos subieron por todas partes, dispersando primero los espinos con los *campiláns*, y saltaron sobre cubierta a pesar del fuego vivísimo de los tigres de Mompracem.

Pero allí esperaba a los asaltantes otro obstáculo no menos duro que los espinos; eran las bolitas de acero que llenaban toda la cubierta, y cuyas puntas no era posible esquivar ni con las pesadas botas de agua.

Además, los gavieros desde las cofas comenzaron a arrojar granadas que estallaban con estruendo, lanzando en derredor fragmentos de metal.

Pillados entre dos fuegos e imposibilitados de avanzar, los dayakos se habían detenido; enseguida un terror súbito se apoderó de ellos al verse ametrallados de nuevo; allí cayeron varios y los restantes se

precipitaron en montón sobre las bordas, arrojándose al agua y nadando como desesperados hacia los pontones y las chalupas.

—Por lo visto, parece que ya tienen bastante —dijo Yáñez, que no había perdido su flema durante la lucha—. ¡Esto os enseñará a temer a los viejos tigres de Mompracem!

La derrota de los isleños era completa. Pontones y chalupas huían a fuerza de remos hacia los islotes que se extendían delante del río, sin responder al fuego del velero; fuego que hizo cesar muy pronto el portugués, al cual repugnaba matar personas que ya no podían defenderse.

Diez minutos después la flotilla, cuyas chalupas hacían agua la mayor parte, desaparecía en el río.

—Se han marchado —dijo Yáñez—. Supongo que nos dejarán tranquilos.

—Nos esperarán en el río, señor —dijo Sambigliong.

—Nos darán de nuevo la batalla —añadió Tangusa, que a los primeros cañonazos había subido a cubierta para tomar parte en la defensa, aun hallándose, como se hallaba, sin fuerzas.

—Les daremos otra lección que les quitará para siempre las ganas de importunarnos. ¿Habrá agua bastante para ir hasta la escala del *kampung*?

—Durante largo trecho el río es muy profundo, y con viento favorable no habrá dificultad en subirlo.

—¿Cuántos hombres hemos perdido? —preguntó Yáñez a Kikatany, un malayo que hacía de médico de a bordo.

—Hay ocho en la enfermería, señor; entre ellos dos graves, y cuatro han muerto.

—¡Que el demonio se lleve a esos malditos salvajes y a su peregrino! —exclamó Yáñez—. ¡En fin, esto es la guerra! —añadió dando un suspiro.

Enseguida, volviéndose hacia Sambigliong, que parecía esperar alguna orden, añadió:

—La marea está a punto de alcanzar su mayor altura. ¡Tratemos de salir de este banco maldito!

Capítulo 3

En el río Kabataun

HACÍA YA CUATRO o cinco horas que el agua seguía creciendo en la bahía, cubriendo poco a poco el banco en que había encallado el *Mariana*.

Era, pues, aquel el momento para intentar poner a flote la embarcación, lo cual no parecía cosa muy difícil pues los marineros ya observaron un movimiento de la rueda de proa. Todavía no flotaba el velero; pero nadie dudaba de llegar a sacarlo de aquel mal paso ayudándolo con alguna maniobra.

Desembarazada la cubierta de los cadáveres que la llenaban, especialmente en el castillo de proa, donde cayeron muchos dayakos bajo las descargas de metralla hechas a quemarropa, y recogidos y colocados en las cajas los peligrosos balines de punta que habían detenido tan a tiempo el asalto de los belicosos isleños, los tigres de Mompracem se pusieron enseguida a la faena bajo la dirección de Yáñez y de Sambigliong.

A sesenta pasos de la popa se tiraron dos pequeñas anclas, se haló a la cuerda para echar hacia atrás la nave, ayudando el empuje de la marea, y se pusieron las velas de modo que el viento no resultara a favor de proa.

—¡A la cuerda, muchachos! —gritó Yáñez cuando todo estuvo dispuesto—. ¡Saldremos pronto de aquí!

Ya se habían oído ciertos golpeteos del agua bajo la proa, señal evidente de que la crecida de la marea tendía a suspender la embarcación.

Doce hombres se precipitaron a la cuerda, mientras otros tantos se echaron a los cables que sujetaban las anclas para que el esfuerzo fuese mayor: los primeros habían comenzado ya a hacer girar las aspas de los molinetes.

Al cabo de cuatro o cinco vueltas de las aspas del *cabrestante*⁵, el *Mariana* vaciló sobre el banco en que se apoyaba, virando lentamente

⁵ Cabrestante: Torno de eje vertical para mover grandes pesos por medio de un cable que se va enrollando en él.

hacia estribor a impulsos del viento que henchía con fuerza las dos inmensas velas.

—¡Ya estamos libres! —gritó Yáñez con voz alegre—.

Probablemente, hubiera bastado la marea para sacarnos de aquí. ¡Qué sorpresa tan agradable va a tener el piloto cuando despierte! ¡Recoged las anclas, izad las velas, y en marcha hacia adelante en dirección del río!

—¿Embocamos el río, sin esperar al día? —preguntó Sambigliong.

—Me ha dicho Tangusa que es ancho y profundo y que no tiene bancos —respondió Yáñez—. Prefiero atravesar ahora sin luz y sorprender a los dayakos, que seguramente no nos esperarán tan pronto.

Los marineros, haciendo un poderoso esfuerzo con el cabrestante, arrancaron las anclas del fondo, y los gavieros orientaron las velas y los focos del bauprés. Tangusa, que no había dejado la toldilla, se puso al timón, por ser el único que conocía la embocadura del Kabataun.

—Condúcenos tan sólo hasta dentro del río, mi valiente muchacho —le había dicho Yáñez—; después regiremos nosotros el *Mariana* y te irás a descansar.

—¡Oh! Ya no soy un niño, señor —contestó el mestizo—, para tener necesidad inmediata de descanso. El bálsamo prodigioso con que Kikatany untó mis heridas me ha calmado los dolores.

—¡Ah! —exclamó Yáñez, mientras que el *Mariana*, rodeando prudentemente el banco, avanzaba hacia el río—. No me has dicho todavía cómo has caído en manos de los dayakos ni por qué te han martirizado.

—No me dejaron tiempo esos bribones para concluir de contarle a usted mi triste aventura —respondió el mestizo haciendo un esfuerzo para sonreír.

—¿Venías del *kampung* de Tremal-Naik cuando te pillaron?

—Sí, señor Yáñez. Mi amo me había encargado que me llegase hasta la orilla de la bahía para conducirlo por el río.

—Estaba seguro de que no dudaríamos en correr en su socorro; ¿verdad?

—No lo dudaba, señor.

—¿Dónde te sorprendieron?

—En los islotes.

—¿Cuándo?

—Hace dos días. Unos hombres que habían trabajado en las plantaciones me reconocieron enseguida y me asaltaron en mi canoa, haciéndome prisionero. Debieron pensar que Tremal-Naik me enviaba a la costa en espera de algún socorro, porque me interrogaron largamente, amenazándome con cortarme la cabeza si no les revelaba el motivo de mi estancia en aquellos lugares. Como me negué a contestar, aquellos miserables me arrojaron en un pozo que estaba próximo a un hormiguero, me ataron bien, y me hicieron varias incisiones para que saliese sangre.

—¡Ladrones!

—Ya sabe usted, señor Yáñez, qué voraces son las hormigas blancas. Atraídas por el olor de la sangre, no tardaron en venir sobre mí por batallones, y comenzaron a devorarme vivo poquito a poco.

—¡Un suplicio digno de salvajes!

—Y que duró un buen cuarto de hora, haciéndome sufrir tormentos espantosos. Afortunadamente, aquellos insectos se habían arrojado también sobre las cuerdas que me sujetaban brazos y piernas, y no tardaron en roerlas, pues estaban empapadas en aceite de coco para que al secarse me apretasen más.

—¿Y tú apenas te viste libre escapaste? —dijo Yáñez.

—¡Puede usted imaginárselo! —respondió el mestizo—. Como se habían alejado los dayakos, me metí entre la espesura de la floresta vecina, cercana al río; y como vi atracada una canoa con vela, me hice a la mar, pues ya había divisado en lontananza al velero.

—¡Has sido bien vengado!

—Señor Yáñez, esos salvajes no merecen compasión. ¡Oh!

Aquella exclamación se le escapó al descubrir algunas luces que brillaban en las costas de los islotes que componían la barra del río.

—Los dayakos vigilan, señor Yáñez.

—Ya lo veo —repuso el portugués—. ¿Podremos pasar de largo sin que nos vean?

—Tomaremos por el último canal —contestó el mestizo, observando atentamente la superficie del río—. En aquella dirección no veo brillar luz alguna.

—¿Habrá bastante calado?

—Sí; pero hay bancos.

—¡Ah, diablo!

—No tema por eso, señor Yáñez. Conozco muy bien la cuenca, y espero que entraremos en Kabataun sin ningún tropiezo.

—Mientras tanto, nosotros tomaremos nuestras precauciones para rechazar cualquier ataque —contestó el portugués, dirigiéndose al castillo de proa.

El *Mariana* impulsado por una ligera brisa de poniente, se deslizaba dulcemente, acercándose cada vez más a la cuenca del río.

La marea, que aún seguía subiendo, facilitaría la marcha rechazando un buen trozo las aguas del Kabataun.

La tripulación, excepto dos o tres hombres encargados de la cura de los heridos, estaba sobre cubierta en los puestos de combate, pues no sería difícil que, a pesar de la terrible derrota sufrida, intentasen los dayakos un nuevo abordaje, o rompiesen el fuego ocultos en los bosquecillos de los islotes.

Tangusa guió el *Mariana* de modo que estuviera siempre lejos de las luces que ardían cerca de las escolleras, y que debían dominar el campamento de los enemigos; enseguida, con una hábil maniobra, metió el barco dentro de un canal bastante estrecho que se abría entre la costa y un islote, sin que se oyese grito alguno de alarma en una orilla ni en la otra.

—Ya estamos en el río, señor —dijo a Yáñez, que había vuelto a reunirse con él.

—¿No te parece un poco extraño que no hayan visto nuestra entrada los dayakos?

—Quizás estén durmiendo, no sospechando que pudiésemos salir del banco con tanta facilidad y tan felizmente.

—¡Hum! —hizo el portugués moviendo la cabeza.

—¿Duda usted?

—Creo que nos han dejado pasar para darnos la batalla al remontar el río.

—Pudiera ser, señor Yáñez.

—¿Cuándo llegaremos?

—Al mediodía.

—¿Cuánto dista del río el *kampung*?

—Dos millas.

—De bosque, probablemente.

—Y espeso, señor.

—Ha sido un error de Tremal-Naik no haber fundado junto al río la principal factoría. Nos veremos precisados a dividirnos. Y aunque es cierto que mis tigres se baten tan bien en el puente de los *praos* como en tierra..., sin embargo...

—¿Vamos atrás, señor? El viento es favorable, y la marea nos empujará todavía durante algunas horas.

—¡Adelante, y cuidado con dar en seco con el *Mariana*!

—Conozco muy bien el río.

El velero dobló una lengua de tierra que formaba la barra del río, y remontó la corriente empujado por la brisa de la noche, que henchía las velas.

Aquella corriente de agua, que aún hoy es poco transitada a causa de la hostilidad continua de los dayakos que no respetan ni siquiera la cabeza de los exploradores europeos, tenía una anchura de un centenar de metros, corría por entre dos orillas bastante altas, cubiertas de *durián*, mangos y árboles gomíferos.

No se veía brillar ninguna luz entre los árboles, ni se escuchaba rumor que indicase la presencia de aquellos formidables cazadores de cabezas.

Solamente de cuando en cuando se oía el chapuz en las aguas, que debían ser muy profundas, de algún caimán dormido a flor de agua, y al que espantaba la masa del velero. Tanto silencio no inspiraba confianza a Yáñez que redoblaba la vigilancia, procurando descubrir algo bajo la densa oscuridad de los árboles.

—¡No —murmuraba—; es imposible que hayamos podido pasar inadvertidos! Alguna cosa debe suceder: Afortunadamente conocemos al enemigo y no nos tomará de sorpresa.

Había transcurrido una media hora sin que hubiese acaecido nada de extraordinario, y ya comenzaba a confiar el portugués, cuando hacia la parte baja de la corriente del río se vio alzarse por encima de las copas de los grandes árboles una línea de fuego.

—¡Ta! ¡Un cohete! —exclamó Sambigliong, que lo había visto primero.

La frente de Yáñez se nubló.

—¿Cómo es que estos salvajes poseen cohetes de señales? —se preguntó.

—Capitán —dijo Sambigliong—, eso es prueba de que en este negocio andan mezclados los ingleses. Éstos salvajes no han visto cohetes hasta este momento.

—Los habrá traído el misterioso peregrino.

—¡Mire hacia allí: contestan!

Yáñez se volvió hacia la proa, y vio a una gran distancia y hacia la otra parte de la corriente del río extinguirse en el cielo un nuevo rastro de luz.

—Tangusa —dijo volviéndose hacia el mestizo, que no abandonaba la barra del timón— parece que se preparan a hacernos pasar una mala noche los ex-cultivadores de tu señor.

—Lo sospecho, señor Yáñez —respondió el mestizo.

En aquel momento se oyeron voces en la proa, exclamando:

—¡Hogueras!

—¡O incendio!

—¡Mira hacia allá!

—¡Arde el río!

—¡Señor Yáñez! ¡Señor Yáñez!

De unos cuantos saltos se puso en el castillo de proa, donde se habían reunido algunos hombres de la tripulación.

Toda la parte alta del curso del río, que descendía casi en línea recta con sólo un ligero serpenteo, aparecía cubierta por infinidad de puntos luminosos, que ya se agrupaban, ya se dispersaban, para reunirse poco después en líneas y masas espesísimas.

Yáñez había quedado tan sorprendido, que estuvo silencioso algunos minutos.

—¿Algún fenómeno capitán? —preguntó concisamente Sambigliong.

—No lo creo —repuso por fin Yáñez, cuya frente se oscurecía cada vez más.

Tangusa, que había confiado momentáneamente la barra a uno de los timoneles, había ido corriendo, alarmado por aquellas exclamaciones.

—¿Puedes decirme qué es esto? —preguntó Yáñez al verle.

—Eso son luces que descienden por el río, señor —contestó el mestizo.

—¡Es imposible! Si cada uno de esos puntos luminosos señalase una barca, serían miles de ellas, y no creo que los dayakos posean tantas, ni aun reuniendo todas las que hay en los ríos borneses.

—Sin embargo, son luces —replicó Tangusa.

—Pero, ¿dónde las han encendido?

—No lo sé, señor.

—¿Sobre aquellos troncos de árboles?

—No sé decirle. El hecho es que esas luces se acercan, capitán, y que el *Mariana* corre el peligro de incendiarse.

Yáñez lanzó un ¡por Júpiter!, tan tremendo, que dejó estupefacto a Sambigliong.

—¿Qué es lo que han preparado esos canallas? —exclamó el valiente portugués.

—Capitán, preparemos las bombas por precaución.

—¡Y arma a nuestros hombres de botafuegos y manivelas para separar esas hogueras! ¡Ésos malditos salvajes tratan de abrasar nuestro barco! ¡Andad pronto, tigrecitos míos: no hay tiempo que perder!

Aquéllos centenares y centenares de puntos luminosos se agrandaban a ojos vistas, conducidos por la corriente, y cubrían un trozo enorme del río.

Descendían por grupos, produciendo un efecto maravilloso para visto en otra ocasión; hubieran admirado al propio Yáñez; pero en aquel momento no se paraba en efectos estéticos. Los haces encendidos giraban sobre sí mismos formando líneas circulares y espirales que se rompían enseguida, o ya trazando una recta que al cabo se transformaba en una serpiente.

Un gran número se aceleró por las orillas; en cambio, otros danzaban en medio, donde la corriente era más rápida.

No se podía saber sobre qué ardían a causa de la espesa sombra que proyectaban los altísimos árboles que cubrían las orillas; pero se suponía que soportase tales hogueras alguna masa flotante.

Toda la tripulación se había armado rápidamente de botafuegos, barras de penoles, aspas y manivelas, y se había colocado a lo largo de los costados del *Mariana* para apartar aquellos peligrosísimos haces

inflamados. Algunos hombres habían descendido a las redes de la delfinera del bauprés y a las barcazas para poder maniobrar mejor.

—¡Siempre por el centro del río! —gritó Yáñez a Tangusa, que había vuelto a manejar la barra del timón—. ¡Si nos sorprendiese el fuego, pronto recalariamos a una de las orillas!

La flotilla ígnea llegaba empujada por las oleadas del agua e iba al encuentro del *Mariana* que avanzaba con lentitud por lo débil de la brisa.

—¡Tomad una de esas hogueras! —dijo Yáñez a los malayos que se hallaban en las redes de la delfinera, cuya extremidad inferior casi tocaba la superficie del río.

Todos los marineros se habían puesto a la faena, descargando furiosos golpes de botafuegos y de manivelas sobre aquellos fuegos flotadores que rodeaban el *Mariana*.

Un malayo recogió una de las minúsculas hogueras, y se la llevó a Yáñez. Era una nuez de coco llena de algodón empapado en una materia resinosa que arde mejor que el aceite vegetal, y que usan de ordinario los borneses y los siameses.

—¡Ah, bribones! —exclamó el portugués—. ¡He aquí un maravilloso hallazgo y una cosa que yo no había imaginado! ¡Qué zorros y qué pillos se han vuelto estos dayakos! ¡Tigrecitos míos, sacudid con prisa: si este algodón se adhiere a la madera, nos asan como a patos en asador!

Tiró el coco y se lanzó a la proa, donde era mayor el peligro, pues al embestir contra el tajamar aquellas llamas se volcaban en gran número, y la materia viscosa y resinosa de que estaba empapado el algodón, podía adherirse a los costados, en los cuales prendería enseguida favorecido por la brea que los cubría.

Los tigres, que comprendieron el gravísimo peligro que corría el velero, no escatimaban los golpes. Especialmente los que se encontraban en las redes de la delfinera y a caballo de los troncos no cesaban un instante, hundiendo los minúsculos flotadores ígneos, que llevaban a centenares deslizándose y volcándose a lo largo de los costados del *Mariana*. Sin embargo de esto, aun se escapaban algunos algodones ardientes que de cuando en cuando se adherían al barco, prendiéndose enseguida al alquitrán que despedía un humo acre y denso.

¡Ay del barco que hubiese tenido una tripulación menos numerosa! Afortunadamente, los tigres de Mompracem eran suficientes para vigilar toda la borda, y cuando el fuego comenzaba a manifestarse, las bombas lo apagaban en el acto, con un potente chorro de agua.

Más de media hora duró tan extraña lucha. Los peligrosos flotadores comenzaron a hacerse más raros, y por último concluyeron de desfilar, desapareciendo río abajo.

—¿Nos prepararán todavía otra sorpresa —dijo Yáñez que se había acercado al mestizo— al ver que su criminal tentativa les ha salido mal? ¿Escogerán otro medio? ¿Qué opinas, Tangusa?

—Creo que no llegaremos al embarcadero del *kampung* sin que los dayakos nos den una batalla, señor, Yáñez —contestó el mestizo.

—La prefiero a cualquier otra sorpresa, querido mío. Hasta ahora no veo ninguna chalupa.

—Todavía no hemos llegado. La brisa es tan débil, que, si no aumenta, llegaremos mañana por la noche, en vez de llegar al mediodía.

—Eso me contraría. ¡Ohé, tigrecitos: abrid los ojos y tened las armas sobre cubierta! ¡Los cortadores de cabezas nos espían!

Encendió un cigarrillo, y se sentó en la borda de popa para poder vigilar mejor las dos orillas.

El *Mariana*, que escapó por milagro de aquel segundo peligro, seguía avanzando con lentitud, pues la brisa casi se extinguía.

No se oía rumor alguno en las orillas, cubiertas por inmensos árboles que extendían sobre el río sus ramas monstruosas haciendo la oscuridad mayor, por lo cual no dudaba nadie que ojos ocultos seguían la marcha del velero.

Era imposible que después de aquella tentativa que tan poco faltó para que les saliera bien, los dayakos hubiesen renunciado a la idea de destruir aquella tan pequeña como poderosa nave que los había rechazado de modo tan sangriento.

Habían dejado atrás cinco o seis millas sin que hubiera sucedido nada, cuando Yáñez descubrió bajo las sombras de la floresta unos puntos luminosos que aparecían y desaparecían con gran rapidez.

Parecía como si hombres con antorchas corriesen desesperadamente por entre los árboles, ocultándose de pronto entre

la maleza. Enseguida se oyeron en varias direcciones silbidos, que no procedían de las serpientes.

—Son señales —dijo el mestizo, previendo la pregunta que Yáñez iba a hacerle.

—No lo he dudado —respondió el portugués, que comenzaba a inquietarse otra vez—. ¿Qué nueva sorpresa nos preparan?

—No será mejor que la otra, señor. Quieren a toda costa impedirnos llegar al embarcadero.

—Comienzo a perder la paciencia —dijo Yáñez—. ¡Si al menos se mostrasen y atacasen de un modo resuelto!

—Saben que somos fuertes y que no nos falta buena artillería, señor, y por eso no intentarán asaltarnos.

—Instintivamente siento algo que me dice que esos bribones preparan algo malo contra nosotros.

—No digo que no, y le aconsejaría que no mandase desarmar las bombas.

—¿Temes que nos envíen otra flotilla de nueces de coco?

En vez de contestar, el mestizo se levantó rápidamente dando un golpe de barra al timón.

—Estamos en el paso más estrecho del río, señor Yáñez —dijo al cabo—. ¡Prudencia, o damos contra cualquier banco!

El río, que hasta entonces había sido suficientemente ancho para permitir maniobrar al *Mariana* con libertad, se había estrechado casi de pronto hasta el punto de cruzarse las ramas de los árboles de un lado a otro.

La oscuridad era tan profunda, que Yáñez no acertaba a ver las orillas.

—¡Hermoso sitio para intentar un abordaje! —murmuró.

—Y también para fusilarnos, señor - añadió Tangusa.

—¡Apunta las lombardas hacia las dos riberas, Sambigliong! —gritó Yáñez.

Los hombres al servicio de aquellas gruesas bocas de fuego ejecutaron las órdenes; pero apenas lo habían hecho, cuando el *Mariana*, que había acelerado la marcha hacía algunos minutos, pues la brisa refrescaba, chocó bruscamente contra un obstáculo que lo hizo desviarse hacia babor.

—¿Qué ha sucedido? —gritó Yáñez—. ¿Hemos encallado?

—No, mi capitán —contestó Sambigliong, que se había lanzado hacia la proa—: el *Mariana* flota.

Con un golpe de barra el mestizo puso en ruta el barco; pero de nuevo chocó, y el *Mariana* volvió a desviarse, retrocediendo algunos metros.

—¿Qué es esto? —gritó Yáñez acercándose a Sambigliong—. ¿Hay una línea de escollos delante?

—No veo, capitán.

—Pues no podemos pasar. ¡Mandad bajar a alguno al agua!

Un malayo ató una cuerda y se deslizó por ella, mientras el velero volvía a enderezar el rumbo.

Yáñez y Sambigliong, inclinados sobre la amura de proa, miraban con ansiedad al malayo que se había echado a nadar para descubrir el obstáculo que impedía la marcha del barco.

—¿Es una escollera? —preguntó Yáñez.

—No, capitán —respondió el marinero, que continuaba buceando de cuando en cuando, sin cuidarse de los caimanes que podían merendársele las piernas.

—Entonces, ¿qué es?

—¡Ah, señor! Han tendido una cadena bajo el agua, y no podemos avanzar si no se corta.

En el mismo instante una voz poderosa se oyó entre los árboles de la orilla izquierda, gritando en un inglés muy gutural:

—¡Rendíos tigres de Mompracem: si no, os exterminaremos a todos!